

que le suplicaban diese la vuelta á las ciudades, á fin de que todos pudiesen contemplarla. Se arrodillaban á su paso, y la consideraban y la saludaban como al ángel tutelar del reino.

Mas ¿quién hubiera podido pensar que esta jóven, prodigio de inocencia y de piedad, hubiese podido ser igualmente un prodigio de sabiduría y de valor militar? ¡Cosa verdaderamente extraña! En esta larga revista de las mujeres más ilustres del Catolicismo, hemos admirado á la mujer católica en el trono, reinando con más gloria y más feliz éxito que los más ilustres príncipes. La Doncella de Orleans presenta en sí misma una cosa más admirable y más nueva aún, una jóven de diez y nueve años al frente de los ejércitos, poseyendo el genio de la guerra, realizándole con la prudencia de sus consejos y con la rapidez de su golpe de vista sobre los antiguos generales, y eclipsando la gloria de la ciencia de las armas, de la fortaleza y del valor de los más grandes capitanes y de los conquistadores más célebres. Ningun general obtuvo jamas, con medios tan débiles y en circunstancias tan difíciles, unos triunfos tan rápidos y tan brillantes.

Lo que más admiraba en ella era su actividad extraordinaria y los innumerables trabajos á que se dedicaba; porque desde la mañana hasta la noche permanecía á caballo y armada de todas armas. Generalmente, en todo el dia no comia más que un pedazo de pan, ni bebía más que algunas gotas de vino mezclado con agua. No podía explicarse de dónde tomaba tantas fuerzas, ó más bien, se veía claramente que las recibía de lo alto. El mundo no había visto jamas una cosa semejante. Así se dice que Francia es el país de las singularidades y de los prodigios de todo género, y que el fenómeno único de una jóven de diez y nueve años, sencilla como un niño, pura como un ángel, fervorosa como un serafín, tierna y compasiva como una madre, y al mismo tiempo sabia como un anciano, instruida como un doctor, celosa como un apóstol, intrépida como un guerrero, terrible como un conquistador y grande como un héroe; este fenómeno, repito, no podía verse sino en Francia. Mas esto es un error; estas cualidades, que tan raro es ver reunidas en un sér humano, no son, sin embargo, contradictorias; por el contrario, ellas se concilian perfectamente en la mujer completamente pura y sólidamente piadosa, en la mujer llena del Espíritu de Dios, en la mujer verdaderamente católica. Una mujer tal es capaz de

todo, está á la altura de todo, y es apta para toda clase de negocios; ella puede, tanto como el hombre, y muchas veces más aún que el hombre, elevarse á toda especie de grandeza y obtener toda clase de gloria (1).

§ LIV.—Prosigue la historia de Juana de Arco.—Injusticia, única en el mundo, de su proceso.—Historia edificante de su martirio.—La Doncella, tan grande durante su vida, fué más grande aún en su muerte.

Desde que el Hijo de Dios no encontró más que la injusticia, la calumnia, el insulto, el oprobio, los tormentos y la muerte en los hombres á quienes había venido á salvar, parece que este tratamiento es una ley para todo hombre que se ofrece por el hombre, y que todo verdadero apostolado concluye en el martirio. Pues bien, este sello del verdadero mérito y de la verdadera grandeza no faltó

(1) Un santo sacerdote de la diócesis de Spira, enviado expresamente á Francia por su obispo para ver y examinar de cerca lo que había de verdad en lo que la fama publicaba por toda Europa respecto á las maravillas de Juana de Arco, en un documento que se conserva aún, hace justicia á la mision de la Doncella. Este documento es demasiado precioso y demasiado honorífico para nuestra heroína, lo mismo que para su sexo, para que nosotros renunciésemos al placer de insertarlo aquí íntegro: «La Francia, dice él, habiéndose perdido por una mujer (la hija de Carlos VI de Francia, casada con el rey de Inglaterra), era justo que se salvase por una virgen. El sexo femenino es humilde en sus miras y consagrado á Dios está lleno de dulzura y de compasion para con los afligidos; por eso Dios le ha concedido en nuestro tiempo una singular gracia para apartarnos del mal y dirigirnos al bien, no por el temor de su juicio, sino por el ardor de su amor. La Francia, demasiado confiada en su habilidad y en sus tesoros, se había elevado hasta los astros, y al presente se halla abatida sobre su propio suelo; ella no puede levantarse por sus trabajos ni por la fuerza de sus armas. Á fin de que ella tema al Señor con todas sus fuerzas, y que reconozca á Aquel que siembra la paz, se ha dignado Dios tenderle la mano para levantarla. *La Doncella es una enviada del cielo, iluminada por Dios, como lo prueban su vida y sus actos.* Con frecuencia lava ella y purifica su conciencia en la santa piscina de la confesion y se fortalece en el espíritu de sabiduría, recibiendo el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Ella es humilde y modesta, detesta las usurpaciones hechas á los pobres y la opresion de los huérfanos. Ella es una virgen de Dios, que sólo procura lo que es agradable á Él, á fin de permanecer pura en el espíritu, y conservar su alma y su cuerpo inviolables.» (Gnido Goërres. *Vie de Jeanne d'Arc.*)

á la Doncella de Orleans, y el heroísmo de su muerte la elevó sobre el heroísmo de su vida. Los hombres parece que rivalizaron entónces en cobardía y en infamia, tanto como esta jóven se habia elevado sobre todos ellos por la nobleza de su carácter, por la fortaleza de su alma y por la grandeza de su valor.

Siendo Juana una mujer, habia respetado á su prisionero Talbot, general en jefe del ejército inglés, que, sin embargo, no era un héroe; y los ingleses de aquel tiempo no respetaron á su prisionera Juana de Arco, generala en jefe del ejército francés, que ademas era una verdadera heroína. El valor desgraciado reclama en su favor el respeto de parte del enemigo. El sajón de entónces no era el inglés de hoy, y conculcó, respecto á su ilustre prisionera, ese sentimiento, que el verdadero guerrero no olvida jamas, áun cuando llegue á olvidarlo el falso cristiano. Él no se acordó más que de las pérdidas que Juana le habia ocasionado, y de la afrenta que creia haber recibido por haber sido vencido en tantos encuentros por una mujer, y quiso vengarse de ella con el más horrible martirio y con la muerte de esta prodigiosa jóven, que reunia en sí todo cuanto el mundo ama, respeta y admira, y ante la cual áun los mismos salvajes se hubieran postrado para adorarla.

Mas no basta al sajón hacer morir á la heroica jóven, sino que queria imponerle una nota de infamia, á fin de impedir que la Francia la colocase entre sus glorias y la recordase con orgullo. Esto es lo que trató de hacer en el exceso de su innoble rabia. Despues de haberla llevado por espacio de seis meses de prision en prision, llenándola continuamente de insultos y de dolores, la envió á Rouen y dió á Cauchon el encargo de acusarla y condenarla por sí mismo jurídicamente como hereje y hechicera. Él no se atrevió á calumniar sus costumbres. Él dejó este triste valor á un francés degenerado: ¡á Voltaire!

La encerraron en una gran torre de dicha ciudad, donde durante el dia tenia los piés en un cepo de hierro, que estaba unido, por una fuerte cadena y por medio de una cerradura, á un pesado madero. De noche estaba tambien atada con una cadena por las piernas y por otra cadena que la sujetaba por medio del cuerpo, de modo que no podia moverse de un sitio. Tal era su situacion en esta torre, segun la declaracion de muchos testigos óculares, citados por Lebrun Charmette. Pero ¡cosa admirable! esta jóven de

diez y nueve años, desarmada y encadenada, infundia todavía al sajón un terror profundo. Creyendo, pues, que todavía tenia ella demasiada libertad, imaginó otro medio de asegurar á su prisionera y de calmar sus propios temores. La hizo encerrar, como á una bestia feroz, en una jaula de hierro, donde, segun la declaracion jurídica del herrero Estéban Castillon, á quien se habia encargado esta jaula, la pobre jóven estaba atada por el cuello, por los piés y las manos, y en esta horrible posicion permaneció hasta que se abrió su proceso.

Pero en lo que ella sufrió más, fué en sus guardias, soldados sajones de la peor clase de la tropa. Ellos eran cinco, tres de los cuales permanecian siempre en su habitacion, y los otros á la puerta. Estos miserables se complacian en atormentarla de todas maneras. Ellos no la dejaban reposar ni áun de noche. Ellos la despertaban diciéndole: «Levántate, criminal; la hora de tu muerte ha llegado, y vienen por tí.» Una vez quisieron violarla, y no pudiendo Juana salvarse de otro modo de aquellos infames, se puso á dar unos gritos tan fuertes, que habiendo acudido el Conde de Warwick, y enterado de lo que sucedia, se compadeció de la oveja, y alejó de ella á los lobos, mudando la guardia. Otra vez dió ella una bofetada á un milord que queria ultrajarla. Así, pues, aquellos bravos guerreros que habian temblado ante la jóven en el campo de batalla, al verla encadenada, tuvieron el infame valor de querer saciar en ella sus brutales pasiones. Por esta razon sintió tanto ella dejar sus vestidos de hombre. Despues le hicieron los jueces un cargo de esta repugnancia, que no era otra cosa que una prueba más de su extremado celo por conservar su pudor.

En medio de este largo y horrible martirio, la jóven heroína no perdió jamas la paciencia. Ninguna queja jamas salió de su boca. Ninguna señal de ódio ni de rencor por la crueldad de sus verdugos salió jamas de su corazon, sino que, segun las declaraciones de los testigos, siempre tranquila y resignada, nunca desmintió su mansedumbre, y sólo buscó su fuerza y su consuelo en la oracion.

No nos proponemos seguir en este lugar la horrible serie de los crímenes y de las infamias de todo género que forman la sustancia del proceso y de la condenacion de este ángel de inocencia, de este prodigio de todas las virtudes. Incompetencia de los jueces, corrupcion y contradiccion de los testigos, perfidia é impudencia de los

acusadores, falsificación de los documentos, interpolación de las piezas del proceso, negación de toda especie de defensa á la acusada, odio, mentira, calumnia, perjurio de parte de todos: nada faltó para hacer de él el proceso más injusto, más inicuo y más sacrilego, despues del que condenó al Hijo de Dios á la muerte de cruz. Nos limitaremos á consignar aquí que este cúmulo de crímenes, dirigido á hacer de Juana de Arco una gran criminal, sólo sirvió para testificar jurídicamente su inocencia, y para presentarla al mundo como una grande heroína y una grande santa.

Abandonada por todos sus amigos, despreciada por aquel cobarde rey á quien ella habia restituido el reino que habia perdido, atormentada por los tratamientos más crueles, abrumada de injurias, entregada por el nuevo confesor que le habian dado, el miserable apóstata Nicolas el Pajarero, que habia afirmado que Juana se habia confesado de crímenes de los que ella ignoraba aún el nombre; excluida, en fin, de los sacramentos de la Iglesia, sin asistencia, sin consejo, teniendo siempre á la vista las llamas de la hoguera con que se la amenazaba á cada pregunta, no por eso dejaba de presentarse con la mirada firme y llena de dignidad ante sus cobardes enemigos, que se habian hecho sus jueces; no por eso dejaba de cubrirlos de confusion, rompiendo con mano hábil el velo con que cubrian su perfidia; no por eso dejó de presentarse como una noble y portentosa figura, rodeada de toda la majestad de la virtud en la desgracia y de todos los atractivos de la inocencia perseguida. Cargada de cadenas ante un tribunal formado de tigres, en presencia de una muerte horrible, no por eso dejó de testificar la verdad de su mision divina y de profetizar á los ingleses la destruccion completa de su poder en Francia en un tiempo muy cercano, y el triunfo de la causa de la independencia nacional.

Jamas la pureza de su espíritu y la rectitud de su juicio se manifestaron mejor que en las preguntas difíciles con que trataban de confundirla, y que ella convertia en confusion de los mismos que se las dirigian. Juana de Arco habia encontrado unos Júdas en Juan de Luxemburgo y en el Duque de Borgoña, y encontró tambien un Caifas en el horrible Pontífice de Beauvais. Así es que éste le preguntó un dia: «¿Os hallais en estado de gracia?» ¡Pregunta páfida! «Porque, decia él entre sí, si ella responde que no, está

ya declarada pecadora por su propia confesion; y si responde que sí, prueba por sí misma su falta de humildad, y por consiguiente, que es indigna de las revelaciones divinas, segun las cuales afirma haber obrado.» Con las mismas intenciones diabólicas habian preguntado á su divino Maestro, en el tribunal de Caifas, si era ó no el Hijo de Dios vivo. Pero con gran admiracion de todos, la Doncella no respondió *sí* ni *no*, y se evadió maravillosamente de la emboscada, con estas palabras llenas de humildad y de fervor, las únicas con que una verdadera cristiana podia responder á semejante pregunta: «¡Ay, Dios mio! dijo ella; ¿quién puede saber si se halla en estado de gracia ó de pecado? ¡Ay, si no me hallo en estado de gracia, dignese Dios ponerme en él; y si me hallo, quiera Dios conservarme en él!» Un padre, un doctor de la Iglesia, no hubiera respondido mejor.

Le acriminan gravemente el haberse arrojado de la torre de Beaurevoir, y ella responde: «Yo no intenté quitarme la vida por ese acto, sino sólo librarme de las manos de mis mortales enemigos é ir á socorrer á los bravos guerreros de Compiègne. Sin embargo, reconozco que hice mal, y ya me he confesado de ello.»

Este era siempre su modo de responder: claro, breve, preciso, sin afectacion, sin impaciencia y sin jactancia. Todo revelaba en sus respuestas la firmeza de un espíritu sin temor, y la piedad y la seguridad de un alma penetrada de la justicia de su causa, y nada anunciaba en ella el rencor ni la exaltacion. El obispo de Deme-triades, que asistia en su interrogatorio en clase de asesor, certificó despues que las respuestas de la Doncella, durante los largos debates de su proceso, fueron tan maravillosas, que él las miraba como inspiradas por Dios. En una ocasion un gran señor de Inglaterra, maravillado de oirla hablar con tanta calma, con tanta dulzura y con tanta sabiduría, exclamó: «En verdad que ésta es una doncella buena y honesta; ¡si ella fuese inglesa!» Este era todo su crimen y toda su herejía. Ella no era inglesa, sino francesa en el fondo de su alma y en la médula de sus huesos.

Pero ¡cosa extraña! al mismo tiempo que se le notificaba que iba á presentarse ante el tribunal por la última vez, se le notificaba tambien del modo más terminante que iba á ser ejecutada en aquel mismo dia. Por consiguiente, su suplicio habia sido decretado ántes que se pronunciase su sentencia. En efecto, en la misma

gran plaza de Rouen, y junto al estrado donde estaban sentados los monstruos que debían juzgarla en presencia del pueblo, se encontraba ya dispuesta la hoguera donde debía ser quemada, y el verdugo no esperaba más que una señal para prenderle fuego.

Cuando se la hizo saber la horrible muerte que la esperaba, y que era por el crimen de herejía y de sacrilegio, ella, cuya fe estaba tan vírgen como su corazón y su cuerpo, se llenó de terror; su grande alma parece que se debilitó en presencia de tal suplicio y por una causa tal. Ella se sobrecogió de espanto y prorumpió en gritos y gemidos. Pero bien pronto volvió á tomar su antigua fortaleza, y el puro esplendor de su alma santa y sumisa á las disposiciones del cielo brilló al través de sus hermosas lágrimas, como brilla el sol después de la tormenta. Desde entonces, no pensando ya en la tierra, volvió su vista hácia el cielo. Ella no lloró sino para pedir el perdón de sus culpas y el auxilio de Dios en sus últimos momentos; ella se confesó con el piadoso padre L'Alvenu, y pidió con las más vivas instancias la sagrada comunión y la Extrema-Únion, que le fueron concedidas con alguna dificultad (1). Le administraron el cuerpo adorable del Señor con gran pompa, acompañado de muchos cirios encendidos y cantando las letanías de los agonizantes. Juana recibió la sagrada Eucaristía con la mayor humildad y el más grande fervor.

Pocos instantes después subió Juana en el lúgubre carro que debía conducirla al tribunal, ó más bien á la hoguera. El P. L'Alvenu, su confesor, y Juan Messieu, alguacil del tribunal, estaban sentados á su lado. Seiscientos ingleses, armados de espadas, de hachas y de lanzas, la escoltaban. En tanto que el cortejo fúnebre caminaba por las calles de Rouen hácia el lugar de la sentencia y del su-

(1) Es indudable que si Juana era, como lo pretendieron sus jueces, una hereje obstinada, una hechicera, una idólatra, que había incurrido en excomunión mayor, y que estaba separada de la comunión de la Iglesia, no podía ser admitida á los sacramentos de la Iglesia. Luego por lo mismo que sus jueces le concedieron estos sacramentos y todos los auxilios y las gracias espirituales que ella pidió, confesaron la insuficiencia de los crímenes por que le quitaban la vida. De este modo dispuso Dios que la iniquidad se desmintiese públicamente á sí misma, y que la inocencia y la santidad de Juana de Arco fuese reconocida y atestiguada solemnemente por los mismos hombres que la condenaron, á fin de que su nombre pasase á la posteridad rodeado de una gloria sin tacha.

plicio, un hombre se abrió paso por entre la multitud de satélites de la infamia y de la crueldad, y se arrojó sobre el carro. Este hombre era Nicolas el Pajarero, uno de los Júdas de Juana, que le pedía perdón del mal que le había causado, y gritaba en alta voz, como el antiguo Júdas: «He pecado, entregando una sangre inocente y justa»; y Juana le respondió: «Yo os perdono, y pido á Dios que Él os perdone también.» En seguida pidió una cruz para tenerla en la mano en el momento supremo; un inglés compasivo se apresuró á hacer una de madera, y se la entregó. Ella la tomó con alegría, la llenó de besos y de lágrimas, la colocó en su pecho, y prosiguió sus oraciones, en las que encomendaba en alta voz su alma á Dios y á los santos, y que causaban una emoción universal.

Llegada al tribunal donde la esperaban sus jueces, el indigno y criminal Cauchon, que lo presidía, leyó un horrible proceso, en que cada frase era una calumnia y cada palabra una blasfemia. Después, sin atender á la reclamación de la acusada, de que ella estaba sumisa á la Iglesia, y que quería ser juzgada por la cabeza de la Iglesia, pidió su parecer á los cómplices de su iniquidad; y habiendo respondido éstos *que Juana era culpable*, pronunció, sin más formalidades, una especie de sentencia, por la que declaró á *Juana de Arco hereje, relapsa, y por lo mismo separada, arrojada de la Iglesia y entregada al poder secular*; añadiendo el hipócrita: «Pero yo ruego á ese poder que modere su sentencia respecto á la culpable, y que no la imponga la muerte ni la mutilación de miembros.» Pero esto fué más que una farsa sacrílega y una irrisión amarga; porque al momento fué entregada, no al magistrado lego para que la juzgase, sino al verdugo para que la ejecutase (1).

No eran ciertamente hombres los que pudieron hacer quemar viva en su presencia á una jóven en quien la belleza del cuerpo es-

(1) Según la jurisprudencia de aquel tiempo, en todo proceso de herejía, el tribunal eclesiástico no era más que una especie de jurado, que juzgaba únicamente del hecho, es decir, que el procesado era hereje y estaba excomulgado; al tribunal lego pertenecía seguir después el proceso respecto al derecho, y examinar hasta qué punto había violado el culpable las leyes del país y merecía la indulgencia, que el jurado eclesiástico imploraba siempre para él; al tribunal lego pertenecía también aplicar la pena y condenar. Pues bien, si con Juana de Arco se hubieran seguido estos trámites, tal vez Pilátos hu-

taba realzada por la pureza y la sublimidad del alma; porque ella dijo en alta voz al pueblo: «Todo cuanto yo he hecho, sea bueno ó malo, no debe atribuirse á mi rey. Yo le he consagrado el fruto de mis victorias, y no deseo para mí misma otra cosa que los sufrimientos y los ultrajes!» ¡Palabras heroicas! Jamas se ha mostrado súbdito alguno más sumiso á su soberano, ni persona humana se ha mostrado jamas tan grande. Ella habló tambien, diciendo: «¡Oh, vosotros los que estais presentes, cualesquiera que seais, amigos ó enemigos, franceses ó ingleses! en el nombre del Salvador moribundo, perdonadme las ofensas que pueda haberos hecho, así como yo perdono todas las injusticias cometidas contra mí. Yo me encomiendo á las oraciones de todos, y suplico á los sacerdotes del Señor que me hagan la caridad de decir una misa por el descanso de mi alma.» Estas piadosas y tiernas palabras, dirigidas á los miserables que, con la más negra injusticia y la crueldad más atroz, habian atormentado tanto su alma y martirizado su cuerpo, conmovieron todos los corazones, y aún sus enemigos y sus jueces mismos comenzaron á llorar y á sollozar. ¡Jamás obtuvo la inocencia más bello triunfo! En seguida rogó al P. L'Alvenu que llevase la gran cruz de la iglesia inmediata, y la tuviese constantemente elevada á su vista, para que ella pudiese verla hasta el último momento, y fortalecerse con la vista de la imágen del Salvador, muerto inocentemente en una cruz. Cuando se la llevaron, Juana abrazó con una singular alegría aquella imágen amada, y permaneció abrazada á ella hasta que los criados del verdugo la hicieron descender del tablado donde estaba. Algunos ingleses se precipitaron entónces sobre ella con furor y la arrastraron hácia la hoguera, y Juana exclamó: «¡Ay Rouen, Rouen, yo temo que tengas que sufrir mucho por mi muerte!» De este mismo modo, al subir su divino Maestro al Calvario, no se lamentó por su muerte, sino por Jerusalem, que se perdía al dársela! (Luc.)

biera sido ménos criminal y ménos injusto que Caifas, y no se hubiera atrevido á condenar á la noble y santa jóven á la pena del fuego. Mas este segundo juicio no tuvo lugar, y esta violacion atroz de la jurisprudencia vigente fué cometida en público; disponiéndolo Dios así, á fin de que fuese notorio que la Doncella, no sólo fué mal juzgada, sino que no fué juzgada en manera alguna; que fué condenada á muerte sin haber sido sentenciada por nadie, y que su muerte no fué otra cosa que un verdadero asesinato.

Cuando llegó al pié del altar de su sacrificio, le pusieron en la cabeza un gorro ignominioso, en el que se leían estas palabras: *Hereje, relapsa, apóstata, idólatra*; y Juana, sin quejarse por esta última afrenta, sólo interrumpió su silencio para exhortar á los franceses extraviados á volver al camino del deber.

Pero en su último momento fué cuando la Doncella se manifestó superior á su reputacion, y á la constancia que habia mostrado en las circunstancias más difíciles. La vista de la hoguera no la asustó más que el gran número de enemigos que habia vencido y puesto en fuga. Subió á ella, y se dejó atar á un madero con la misma intrepidez que habia mostrado cuando subia á los atrincheramientos de los enemigos de su patria. Ella juntó á la firmeza del héroe la paciencia y la mansedumbre del cristiano; ella miró la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad. Cuando el verdugo encendió las materias combustibles y Juana vió elevarse las llamas, exclamó en alta voz: «¡Jesus!» Porque tuvo miedo de que el santo religioso que permanecía á su lado para consolar su alma, no fuese envuelto tambien por las llamas, que le envolvian ya á ella, «bajad pronto, le dijo, yo os lo suplico; pero rociadme con agua bendita, continuad teniendo la cruz elevada á mi vista, y continuad tambien fortaleciéndome en alta voz desde léjos.» Después invocó por la última vez el auxilio del arcángel San Miguel y de sus santos patronos, y dió gracias á Dios por las gracias con que le habia enriquecido, suplicándole que la recibiese en su gloria. Entre tanto, habiéndose apoderado el fuego de su cuerpo, inclinó su hermosa cabeza, exclamando con una voz bastante fuerte para ser oída de todos los que allí estaban: «¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!» Y con Jesucristo y la patria en sus labios, como los habia tenido siempre en su corazón, espiró, uniendo á los laureles de los vencedores, la aureola de las vírgenes y la corona de los mártires. «Tal fué, dice su biógrafo alemán, Gnido Goëres, la muerte de la Doncella de Orleans. Así pereció la que se habia sacrificado por la Francia, y á quien el pueblo frances debe no haber sido borrado de la lista de las naciones independientes. Aunque cobardes hombres de la Iglesia, entregándola como Júdas y condenándola como Caifas, la condenaron á muerte, no por eso dejó de permanecer fiel á la Iglesia, sin imputarle las culpas de sus indignos ministros. Tampoco abjuró su patria, aún cuando la Universidad de París y

ciertos jueces franceses la condenaron; y permaneció fiel á su rey, á pesar de la ingratitud con que él la habia abandonado!»

§ LV.—Glorificacion de Juana de Arco despues de su muerte.—Testimonio que sus mismos enemigos dictaron de su inocencia.—El mismo Dios vengó su muerte de una manera pública, con la muerte de sus jueces.—Juana de Arco, olvidada por su patria y por su rey, sólo fué rehabilitada por la Iglesia, que la proclamó *tres veces mártir*.—Criminalidad de Voltaire contra la Doncella.—Nota sobre su estatua en Orleans.—La Francia debe cuanto ella es á dos mujeres.—Influencia de la mujer católica, en general, sobre la civilizacion de los pueblos.—La caballería.—La mujer francesa en la ciudad y en la aldea.—Conclusion sobre las grandezas de la mujer católica en la Edad Media.

Jamas hubo un triunfo de mártir más completo. El grito cristiano con que Juana se despidió de la tierra y saludó al cielo penetró hasta los corazones más duros. Todos experimentaron una admiracion mezclada de terror al ver la jóven, en la flor de su edad, sufrir una muerte tan horrible con un valor tan heroico, con una generosidad tan sublime y con una piedad tan ardiente. Al verla espirar el maestro Juan de la Espada, exclamó: «¡Ojalá estuviese mi alma en el mismo lugar en que yo creo que se halla en este momento el alma de esa jóven!»

Cerca de la hoguera estaba un inglés que, en su infernal brutalidad, se gloriaba de haber llevado con sus propias manos leña para quemar á *la maldita enemiga de su país*. Pero habiendo sido excitado por el grito de la noble víctima á mirarla, creyó ver una blanca paloma elevándose de las llamas hácia el cielo; á esta vista se llenó de tal terror, que cayó sin conocimiento, y que al momento que volvió en sí fué á confesarse, detestando, con lágrimas amargas, sus sentimientos de odio á la santa jóven. Tressart, secretario del Rey de Inglaterra, con los ojos tristes y el semblante alterado, exclamó: «Somos perdidos, porque una santa acaba de ser quemada.» El verdugo mismo, acometido de una angustia inexplicable, se presentó el mismo dia como un desesperado al P. Martin, refiriéndole sus temores de que Dios no le perdonase el *haber ejecutado á una virgen tan santa*. Muchos de los jueces declararon tambien el mismo dia que *Juana habia muerto como una santa por su rey*. El

pueblo, que no se engaña cuando se le deja discurrir por sí mismo, decia en alta voz: «El odio del extranjero es quien la ha sacrificado; ella ha muerto víctima de su celo por la Francia. ¡Malditos todos los que han tomado parte en su muerte!» Finalmente, el mismo Cauchon se llenó de miedo; se apresuró á solicitar para él y para sus indignos cómplices cartas del Rey de Inglaterra, que prohibian se les citase con este motivo ante el Papa ó ante el Concilio; confesando por este solo hecho haber impedido que el proceso de la Doncella fuese examinado por un tribunal superior, y que este proceso adolecia de mala fe, de injusticia y de iniquidad.

Pero la escandalosa impunidad que un rey de la tierra concedió á aquellos grandes criminales, no pudo ponerlos al abrigo de la justa venganza del Rey del cielo. Poco tiempo despues, Guillermo Flavy, el primer traidor de Juana de Arco, murió ahogado en su lecho por su propia mujer. Su segundo traidor, Nicolas el Pajarero, acabó igualmente con una muerte repentina en una iglesia de Bale. Cauchon, que fué el alma de aquel infernal proceso, pereció miserablemente mientras le afeitaban. El viceinquisidor Juan Maistre, que prostituyó su terrible ministerio, desapareció de entre los hombres sin que se pudiese saber jamas lo que fué de él. Miguel Midy, que habia insultado á Juana hasta el momento de su muerte, fué arrebatado por la lepra. Todos los demas jueces que habian tomado parte en aquella conspiracion contra la inocencia acabaron con una muerte trágica en el discurso del mismo año. El Duque de Bedford, el gran perseguidor de Juana, murió devorado por la tristeza y por la vergüenza en el mismo castillo donde la habia hecho encerrar. Finalmente, Enrique VI, en cuyo nombre habia sido inmolada la Doncella, fué destronado dos veces, y despues de haber pasado su vida en el cautiverio, acabó su vida asesinado por orden del rey Eduardo, su primo. Es necesario confesar que jamas la Justicia divina ha vengado la inocencia, aún en este mundo, de una manera más sensible, más pronta ni más severa. De este modo se cumplió la profecía que Juana hizo á sus pretendidos jueces, diciéndoles: «Vosotros no me haréis morir, sin experimentar un gran daño en vuestro cuerpo y en vuestra alma.» Junto á la hoguera habia dicho Juana á los ingleses: «Antes de seis años os será quitada una prenda mucho más importante aún que Orleans, y acabaréis por perderlo todo en Francia.» Esta prediccion

se verificó tambien con la misma exactitud. Precisamente en esta misma época cayó París en manos del Rey. Desde entónces los asuntos de Inglaterra en Francia fueron empeorando de dia en dia. Ellos perdieron sucesivamente la Picardía, la Guyena y todas las ciudades que allí poseian, y finalmente, la bandera blanca flotó sobre Calais, el último atrincheramiento de la dominacion inglesa en el suelo frances.

Ellos no tuvieron tampoco la triste satisfaccion de haber podido manchar para siempre con sus acusaciones y sus calumnias el honor de la víctima de su brutal rencor. Por un rasgo de inconcebible bajeza, Carlos VIII olvidó aquella á quien debia su corona, y la Francia á aquella á quien debia la conservacion de su nacionalidad y de su independenciam. Sólo la Iglesia no la olvidó, y la justicia que su patria le negó durante su vida le fué concedida por la Santa Sede despues de su muerte.

Por una órden formal del papa Calixto III al arzobispo de Reims y á los obispos de París y de Coutances, como tambien al gran inquisidor, el proceso de Juana de Arco fué revisado por personas respetables por su dignidad y por su carácter, con la escrupulosidad más exquisita y la imparcialidad más severa. Ciento cincuenta testigos oculares de los hechos sobre que declararon, fueron examinados en Rouen, en Lyon, en Domremy, en Orleans y en París, y sus declaraciones se conservan aún en el dia de hoy. No contentos los jueces con haberse asociado un consejo de sabios durante el sumario, cuando este sumario se terminó sometieron todas las actas reunidas á otros sabios y á los juriconsultos más distinguidos, y sólo despues de una larga y madura deliberacion fué cuando declararon que *el antiguo proceso de Juana de Arco estaba lleno de errores de hecho y de derecho; que la sentencia era injusta, la ejecucion inicua, y sus jueces estaban excomulgados*; y cuando, en fin, el arzobispo de Reims pronunció la sentencia de rehabilitacion de la Doncella con la mayor solemnidad (1). Habiendo sido enviadas á Roma estas actas, el Soberano Pontífice creyó que debía confirmar, en

(1) Por lo dicho se ve lo que debe pensarse de Voltaire, que, en sus obras históricas y en un poema donde la obscenidad compite con la más execrable impiedad, procuró degradar y envilecer el noble carácter de aquella que salvó su país. Baldon y desprecio eterno á ese hombre, de espíritu sajón, de corazón ruso, del genio de un ángel y de la perversidad de un demonio, por haber

nombre de la Iglesia, la rehabilitacion que habia sido pronunciada en nombre de la Francia, y hacer tambien caer por su parte sobre los traidores y los verdugos de la inocente virgen el baldon con que habian querido cubrir su nombre, y la proclamó *tres veces mártir*, afirmando que ella *habia muerto por la defensa de su religion, de su rey y de su patria*. (Fleury, *Hist.*) Llor, pues, á la Sede Apostólica, á ese tribunal incorruptible, á ese vengador de la inocencia, de la verdad y de la justicia en la tierra, por haber rehabilitado y honrado de ese modo á los ojos del universo esa heroica jóven, y por haber asegurado de este modo á la Francia una de sus más grandes glorias, y tal vez la más pura y la más legítima de ellas (1).

Así, pues, en el siglo vi una mujer, Santa Genoveva, hizo cesar la invasion de los bárbaros paganos en Francia, y en el siglo xv tambien una mujer, Juana de Arco, hizo cesar la dominacion de los bárbaros cristianos. Una mujer habia echado los cimientos de la nacionalidad francesa, y otra mujer aseguró para siempre su independenciam. No es, pues, al hombre, sino á la mujer, á quien Francia debe lo que es. Pero no lo debe á la mujer mundana, á la mujer prostituta ni á la mujer filósofa, sino á la mujer pura, santa y perfecta, á la mujer católica.

osado infamar con su pluma sacrilega á Juana de Arco, el personaje más frances, más poético y más maravilloso que ha habido tal vez en la historia de la humanidad; y esto porque Juana fué una cristiana pura y fervorosa; porque Juana, la gloria y la salvacion de la Francia, fué tambien la gloria de su sexo y de la Iglesia. Si ella hubiera sido una mujer sin religion y sin costumbres, no hubiera dejado Voltaire de hacer de ella un héroe, segun acostumbraba. Ved aquí, pues, á Juana de Arco justificada y glorificada por el odio mismo de Voltaire. No debia faltar ninguna especie de justificacion ni de gloria á aquella á quien no faltó ningun mérito ni ninguna virtud.

(1) Permitásenos expresar aquí la sorpresa, el disgusto y la indignacion que experimentamos al ver la estatua de Juana de Arco en Orleans. El pensamiento de ella es tan deplorable como su ejecucion. Es un modelo de fealdad y de contrasentido. Si se ha de creer al bronce, la Doncella era más bien una mujer vulgar, de figura innoble, de mirada sañuda, de aspecto furioso é inspirada por el infierno, que una virgen pura, de facciones varoniles y graciosas al mismo tiempo, de un valor tranquilo, é inspirada por el cielo. No parece sino que el autor de esta horrible estatua fué el mismo sajón que la calumnió en vida ante los tribunales, y que quiso calumniarla tambien por el bronce despues de su muerte. Despues del crimen de Cauchon, que hizo de ella una hereje, y de Voltaire, que hizo de ella una prostituta, no conocemos otro crimen mayor que el del artista, que hizo de ella una furia. Franceses, apresuraos á deshacer ese oprobio.

Esto mismo sucedió en los demás países de la Europa, en los que, como en Francia, mientras que las santas reinas, inspirando con sus ejemplos la piedad cristiana á los príncipes, contribuían poderosamente á formar las monarquías cristianas; *las mujeres religiosas*, inspirando también con sus ejemplos el patriotismo cristiano á los pueblos, contribuyeron poderosamente á formar las naciones cristianas. No tenemos el tiempo necesario para entrar en más largos detalles sobre esta materia. Nos contentaremos, pues, con notar aquí, en general, que donde quiera que la mujer cristiana se presentaba entonces era la reformadora de las costumbres. Presidiendo los torneos, y aplaudiendo únicamente en ellos la justicia, la generosidad y el verdadero valor, alejaba de aquellos combates todo cuanto había en ellos de inmoral y de feroz entre los paganos, y por su influencia la época de la caballería fué una época de civilización, cuya causa y cuya prueba era la mujer cristiana de aquel tiempo. Aquel respeto, aquella especie de culto que el caballero profesaba entonces á la mujer, era una prueba de que la civilización iba á penetrar en sus costumbres; porque no hay civilización sin el respeto á la mujer, y donde quiera que la mujer es oprimida se encuentra la barbarie. Por otra parte, el imperio que la mujer ejercía sobre el caballero no tenía otro objeto que el de mantenerlo en la senda del honor y del deber. Por consiguiente, la mujer cristiana fué quien formó el espíritu público y las costumbres sociales de los pueblos cristianos. Y si la Francia ha sido por tantos siglos el país más civilizado del mundo, es porque ha sido el país donde la mujer cristiana se ha mezclado en la religión y en la política, y donde ella ha desempeñado, en compañía del sacerdote, un papel serio é importante en los negocios públicos.

Bien sé que la aristocracia ha cometido algunas injusticias. No se le puede perdonar, por ejemplo, el haberse dejado arrastrar por la ambición á las grandes capitales, donde se corrompía, gastando en ellas neciamente toda su fortuna, y dejando con frecuencia en ellas, más neciamente aún, su honor y su fe. Pero no es ménos cierto que, salvo algunas excepciones, el gran señor que permanecía en sus tierras, entre sus vasallos, acababa por hacerse el padre de ellos. No debemos olvidar que, especialmente en Francia, los paisanos de la heroica Vendée pelearon con igual heroísmo por el palacio y por la Iglesia. Esto sucedía porque las grandes señoras re-

primian por una parte el carácter brusco de sus esposos, y por otra habían convertido los palacios en asilos de los desgraciados. La mujer francesa (permítame que se lo diga con mi franqueza siciliana) no es ligera, pequeña, algo filósofa y aún loca, sino en París. En sus tierras ha sido siempre sabia, piadosa y grande; en ellas ha sido la madre de los pobres y el espejo de todas las virtudes del Evangelio.

Así, pues, la mujer verdaderamente católica, en el trono ó en las casas particulares, en el palacio ó en la choza, en medio del mundo ó separada de todos los lazos del siglo, virgen ó casada, madre ó viuda, seglar ó religiosa, ha sido por espacio de diez siglos, siempre y en todas partes, grande, poderosa, admirable, prodigiosamente benéfica bajo el punto de vista político, lo mismo que bajo el punto de vista religioso. En efecto, ella fué quien defendió á los grandes Papas y formó los grandes soberanos, ella fué quien educó á los santos obispos é inspiró á los santos señores. Por ella consiguió el clero secular y regular edificar tantas iglesias, fundar tantos monasterios y cubrir el suelo de la Europa de tantos establecimientos piadosos y caritativos. Por ella ha destruido la Iglesia las herejías, ha propagado la verdad, ha difundido la ciencia, ha reformado las costumbres, ha infundido el Cristianismo en las masas, ha cristianizado los pueblos y ha civilizado el mundo.

Tal fué la mujer católica en la Edad Media. Ahora vamos á tratar de sus méritos y de sus grandezas en los tiempos modernos.

QUINTA Y ÚLTIMA ÉPOCA.

LOS TIEMPOS MODERNOS, Ó LA MUJER CATÓLICA REPARANDO Y CONTENIENDO LOS ESTRAGOS DEL PROTESTANTISMO Y DE LA FALSA FILOSOFÍA, Y MULTIPLICANDO LAS OBRAS DE RELIGION Y DE CARIDAD.

§ LVI. — Algunos detalles sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Grandes designos de Dios en este descubrimiento.—Gran piedad de Cristóbal Colón, y carácter eminentemente religioso de su expedición.—Este gran acontecimiento se verificó también por el concurso generoso de la mujer católica, Isabel de España.

Semejante la Edad Media á una antorcha que, antes de apagarse, esparce el más vivo resplandor, antes de ir á dormir en el silencio